

INFOXICACIÓN: EXCESO Y MENGUA EN LA SOCIEDAD DE INFORMACIÓN

José Gomes Pinto

Universidade Lusófona de Lisboa

P1837@ulusofona.pt

Resumo

O conceito de intoxicação informativa é um conceito com longas raízes na cultura europeia, prenhe de críticas que se começam a desenhar desde os princípios do século XX. Procuraremos dar nesta alocução conta das contradições que foram levantadas ao longo do século passado e nos princípios deste. Assim, será nosso objectivo tematizar os efeitos da circulação de informação ao nível individual, procurando determinar como o conceito de 'autenticidade' e 'vida autêntica' se vão mostrando moduladores na hora de analisar a pessoa humana na sua singularidade. Convocaremos autores como M. Heidegger, O. Spengler, L. Mumford, W. Benjamin e Günther Anders. Passaremos depois à arqueologia que começa a desenhar-se em França no período dos pós-guerra, com autores como Michel Foucault, Jean-François Lyotard e Jacques Derrida. Será depois a partir dos pensadores contemporâneos que traçaremos essas contradições que se dão desenhando entre ser-se 'pessoa' e ser-se 'receptor passivo' em autores como Jean Baudrillard, Paul Virilio, Vilém Flusser e recentemente com Jean-Luc Nancy. Por oposição ao elemento pessoal, traçaremos os efeitos possíveis que o excesso de informação tem a nível social ou da comunidade, procurando desmontar o conceito de 'criação do mundo' a partir de pensadores actuais, nomeadamente a partir de Peter Sloterdijk e dos princípios traçados por Daniel L. Schacter em relação à memória social e colectiva.

Palabras clave: Intoxicación informativa, infoxicación, sociedad de la información, obesidad informacional.

Yo la llamo ideología modal. La ideología modal ve que nosotros transformamos lo contingente, no necesario, en necesidad. La vergüenza aparece en el registro ontológico que es el de la contingencia. Tenemos vergüenza de lo no fundado, de lo contingente de su existencia misma.

Peter Sloterdijk en *Les battements du monde* (diálogos con Alain Finkielkraut). Paris: Hachette, 2003, p. 217.

Palabras mayores de Peter Sloterdijk nos dicen que la condición del hombre contemporáneo es la de «estar condenado a la imposibilidad de estar convencido de algo»⁷². Por esta razón, me dirijo a ustedes con la confianza de que al final algo quedará de comprendido de mi empresa, a pesar del apremio que contiene todo obrar sobre la intoxicación informacional por razón justamente de la información convocada. Razón hay para ello, porque la obesidad informacional, otra fórmula para designar el mismo fenómeno, la formuló así Alvin Toffler: ««Si el choque del futuro fuese solamente una cuestión de enfermedad física, sería más fácil de prevenir y de tratar. Pero el choque del futuro ataca a la psique también. Tal y como el cuerpo se rompe bajo la presión de la sobre-estimulación medioambiental, la “mente” y sus procesos de decisión se comportan erráticamente cuando sobre-estimados. A causa de la pugna indiscriminada de los aparatos de cambio, podemos estar socavando no solamente la salud de aquellos que son menos aptos a la adaptación, pero incluso socavando la propia capacidad para actuar racionalmente sobre si mismos. Los notables signos del desglose confusional que vemos a nuestro alrededor –la expansión del uso de drogas, la emergencia del misticismo, los recurrentes brotes de vandalismo y de violencia indirecta, las políticas del nihilismo y nostalgia, la enfermiza apatía de

⁷² Peter Sloterdijk, *Les battements du monde* (diálogos con Alain Finkielkraut). Paris: Hachette, 2003, p. 218. Las traducciones de los textos procedentes de otras lenguas son de mí entera responsabilidad.

millones—, puede ser entendida mejor reconociendo su relación con el choque del futuro. Estas formas de irracionalidad social pueden perfectamente reflejarse en la deterioración de la toma de decisión personal sobre las condiciones de una sobre-estimulación ambiental. [...] El choque del futuro es la respuesta a esa sobre-estimulación».⁷³

Estas palabras fueron escritas en el ya lejano año de 1970, por lo que podemos suponer que el *future shock*, que nos describía Toffler, ya está aquí, a no ser que no creamos que cuatro décadas no son suficientes para que el futuro se nos muestre de forma violenta, en forma de choque! Más aún, diría que los principios de los años noventa constituyeran un serio incremento y implemento de lo que sea el futuro y sus inversiones informacionales. El desarrollo de Internet y de la *World Wide Web*, posibilitó que millones de personas puedan hoy intercambiar información, actuar sobre ella y producirla. La *World Wide Web* es así y «propriadamente la parte multimedia de Internet»⁷⁴. Ella permite que la información creada por sus usuarios se cruce de una forma acentrada: «de una forma todavía más clara que en otras redes de Internet, la WWW no es una estructura implementada siguiendo un plano previamente pormenorizado. Al revés, la WWW es un proceso en permanente crecimiento en donde los detalles específicos de la estructura de la red en un determinado momento no permiten anticipar los detalles futuros. Se quiere con esto decir que la evolución de la red depende en larga medida de ese proceso puramente local que consiste en la creación de *home-page* e, sobretodo, en la conexiones (*links*) que se introducen en cada *home-page*. Así, como sucede en cualquier proceso acentrado, podemos afirmar de forma no metafórica que la red es un estado global (en permanente mutación) resultante de miríadas de interacciones locales»⁷⁵. La circulación de la información y su impacto real en la sociedad se empezada a diseñar de forma clara aunque también problemática, introduciendo los problemas que Toffler parece querer apuntar tácitamente ya en los setenta: el del criterio de selección de información sobre un individuo que se ve expuesto a un número cada vez mayor de paquetes informacionales.

⁷³ Alvin Toffler, *Future Shock*. New York: Random House, 1970, p. 344.

⁷⁴ António Machuco Rosa, *Internet. Uma história*. Lisboa: Edições Universitárias Lusófonas, 1998, p. 56.

⁷⁵ António Machuco Rosa, *Internet. Uma história*. Lisboa: Edições Universitárias Lusófonas, 1998, p. 57.

Pero por los mismos años que escribía Toffler, también hablaba Hans Magnus Enzensberger al escribir *Elementos para una teoría de los medios de comunicación* y en donde, al revés de Toffler, se veía con lúcidos y positivos ojos el incremento de la circulación libre de información –que de principio siempre pudo ser retro-alimentada y por lo tanto, más democrática–, a pesar incluso del no control de su producción y transmisión debido a que puede ser producida individualmente por cada usuario. Decía, pareciendo responder a Toffler: «Quien considera a las masas como objeto de la política, no lograra movilizarlas. Sino que sólo quiere darles órdenes»⁷⁶. Lo curioso es justamente el texto está originalmente escrito en 1971, justo un año después de las *profecías* de Toffler. Si no es una respuesta *ad hominem*, si que hacen todo el sentido su comparación histórica. El desafío de Enzensberger es el de mostrar que la circulación de la información no redundaba en una pérdida de consciencia o en una manipulación de las masas, sino al revés. La perspectiva crítica de izquierdas, también conocida por *teoría marxista de los medios*, que presidía esta fundamentación constituye lo que él llama de un *arcaísmo cultural*⁷⁷. Y lo constituye porque en sí mismos los electrónicos posibilitan, por lo menos visto desde su estructura técnica, una posibilidad cada vez mayor de movilización política y a la vez una emancipación de las masas. Tocando en los medios que más efectos tenían sobre la circulación de información, afirma Enzensberger lo siguiente: «Como se sabe, unos medios como la televisión y el cine en su aspecto actual, no están al servicio de la comunicación, sino más bien que lo obstaculizan. No permiten ninguna influencia recíproca entre el transmisor y el receptor; desde el punto de vista técnico reducen el *feedback* al nivel mínimo que permite el sistema. Sin embargo, este estado de cosas no puede ser justificado desde el punto de vista técnico. Muy al contrario, pues la técnica electrónica no conoce ninguna contradicción de principio entre el transmisor y el receptor»⁷⁸. Ese optimismo se desvela al final en la subsunción del simple consumidor en la del autor/productor

⁷⁶ Hans Magnus Enzensberger, *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Anagrama, 1974, p. 10.

⁷⁷ Hans Magnus Enzensberger, *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Anagrama, 1974, p. 18.

⁷⁸ Hans Magnus Enzensberger, *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Anagrama, 1974, p. 11.

propio y emancipado, dando así la razón de una verdadera *revolución* en la estructura social. Dice en el mismo texto sobre el poder emancipador de los medios: «[...] desde el punto de vista estratégico, su papel [de los medios de comunicación] está claro: el autor debe trabajar en calidad de agente de las masas. Tan solo se podrá sumergirse por completo en ellas, cuando estas masas se hayan convertido a su vez en autores, en los autores de la historia mundial. *Pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad*»⁷⁹. El toque de la frase de Antonio Gramsci puntualiza la posición de Enzensberger y nos da la nota para el argumento que iremos más tarde esgrimir.

Es, pues, difícil y un desafío –¡se podrá comprender!–, el asentir que la formulación de este congreso sea una formulación digna, porque digno significa que lo que merece estar en pie, ser visto desde una perspectiva perpendicular, no desde una forma reproductiva donde la verticalidad que se erige desde la dirección de lo más alto hasta lo más bajo y se conforma como si uno leyese – se ejercitase en el acto de la lectura por comulación–, como si uno –el individuo sobre el que recae la información– no fuese más que uno de esos que los alemanes del siglo XIX designaron con el *complejo de los minusválidos*: un complejo de los bajitos de estatura o de los burgueses, sencillamente, frente a la nobleza, una verticalidad inversa. La contraposición entre minoría y mayoría, una posición también de minusvalía intelectual, de su consciencia. Pero la verticalidad es cosa distinta que una posición meramente espacial –recordemos Harold A. Innis y sus formas de pensar los medios de comunicación, espacial y temporalmente, horizontal e verticalmente⁸⁰–, sino que se enraíza en la más profunda temporalidad. Verticalidad en el pensamiento la toma todo aquel que se coloca espacialmente en una posición temporal y busca en el tiempo una forma de pensar a la vez histórica y explicativa, diacrónica y sincrónicamente. A veces, la mayoría de las veces, todo se centra en el presente o tiene formas de presente, constituyéndose, por lo tanto, como formas de actuar, de actuar sobre lo real, pero dándole órdenes. ¡Un comando! Y sabemos que la realidad es lo que supera, está más allá de nuestra voluntad.

⁷⁹ Hans Magnus Enzensberger, *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Anagrama, 1974, p. 21-22.

⁸⁰ Harold A. Innis, *The Bias of Communication*. Toronto: Toronto University Press, 2006, *passim*.

Queremos mostrar aquí que no hay ninguna otra forma de verticalidad en la cultura humana más que su forma temporal y a eso parece huir precisamente las posiciones de Toffler. Tiempo y espacio se confrontan desde hace mucho tiempo en la cultura europea, dentro de lo que llamamos la cultura popular y la cultura de elite, la de la elite, de profundidad temporal, la popular de una superficialidad horripilante. No queremos entrar en disputas sobre *populus* y *basileos*, sobre lo alto y lo bajo, sino en una perspectiva, sobre un problema común, que aquí se hizo la convención de llamar *infoxicación*, designación que agradecemos desde el primer momento, pero a la que somos también un tanto reacios.

La forma en como está formulada esta concepción de debate sobre la información me parece minusválida, en el sentido más literal que tiene esta formulación lingüística y su efectuación en la realidad. Menos y más frente a la validez de las cosas –la posición de cantidad– es una formulación muy momentánea, pero ajustada a nuestro tiempo histórico, acostumbrado a tomar las cosas en una escala mensurable y estricta. Esta formulación es una mezcla de términos recientes, o sólo aparentemente recientes, y presenta un concepto que, sin duda alguna, tiene raíces más profundas en la cultura europea desde la cual fuimos todos formados, tengo en mente la cultura occidental, naturalmente.

Por esta razón, justamente por eso, nos permitimos dirigirnos a vosotros desde vuestra lengua, algo que el concepto de intoxicación, natalidad, maternidad y lengua no nos permite sin una formulación sólida, social, abalizada según escuelas, estando lejos, aunque cada vez menos, de la casualidad natural, sino más bien es fruto del hacer o del esfuerzo individual. Porque la circulación de información no es ya de por sí conocimiento, pero puede conducir a una construcción del mismo mediante la acción individual y recolectora. Tomémoslo como un estudio de caso, no empírico, pero singular, ejemplar o esquemático en el sentido kantiano del los términos. Será Immanuel Kant, precisamente el que nos ayudará a resolver el problema.

Así, nacimiento y esfuerzo. Natural y artificial a la vez. A eso nos queremos referir. Le escribimos, les hablamos en en español, no porque hayamos jamás

aprendido nunca una palabra de español, más que en la televisión, esa horrible caja estúpida que nos entupe de banalidades⁸¹. Nuestra comunicación no es fruto no de la intoxicación lingüista, pero todo al revés, es su consecuencia positiva. Da la casualidad de que nacimos en un país lejano, en el exótico continente africano –que habla muchas lenguas–, pero se nos dio la suerte de nacer en uno que habla el portugués. No tanta suerte si tomamos la fuerza de las lenguas a nivel mundial, haciendo el conocimiento aún más improbable en aquellos que nacen en lo que se designó llamar de márgenes. A los tres años nos vimos literalmente depositados en una pequeña ciudad de Portugal, cerca de la única frontera que posee. Ahí, Portugal estaba igual que siempre. No había nada. De hecho, además de nuestros padres y la poca familia que hablaba con nosotros, estaba la televisión, pero no hablaba ese aparato casero el portugués, sino el español. Era la globalización, los efectos de los medios. Pero en el terreno, todo igual. Todo local, nada global. Extrañas son las circunstancias históricas que lo pueden justificar, pero lo importante es este punto: aprendíamos lo que se aprendía en la escuela, no solo con mis profesores y familia, sino con los medios de comunicación y lengua extraña. Aprendíamos las matemáticas y el alfabeto gracias a *Espinete*, el panadero *Chema* y la RTVE, además de con nuestros padres y profesores. ¡Insólito! Pero no caso único, a tenor de los amigos que teníamos. El portugués se mezclaba con el español a la edad de cuatro años. Nada raro, dadas las cercanías a que nos disponía la televisión. Pero había una contradicción o, matizando, podríamos decir que los caramelos españoles, el café portugués, no pasaban el mismo cribo, es decir, tenían un cribo mucho más estrecho. Era difícil comprarse los caramelos de piñones tan típicos de nuestros vecinos, pero si era fácil aprender el alfabeto con *Barrio Sésamo*. *Chema* era un mítico personaje, mítico porque era imposible encontrar el pan que el cocinaba. Sabíamos la palabra pan, no sabíamos a que lo olía. El olor del ese pan televisado sí hablaba portugués. Pero con la lengua no pasaba lo mismo. La lengua estaba ahí, como si fuera una salvación, una especie de vacaciones que mis padres no podían darnos desde que habíamos llegado al país, no porque nos moviéramos en el dentro de él, pero si porque a dónde quiera

⁸¹ Cfr., Günther Anders, *La obsolescência del hombre*. Valencia: Pre-Textos, 2010. Especialmente el primer volumen.

que fuésemos se hablaba la misma lengua. Es decir, sólo teníamos exterioridad en nuestro pueblo, donde la televisión hablaba español, dado que la señal de la emisora portuguesa era demasiado débil en esos confines de la tierra lusa. Es decir, que el país se convirtió en una época vacacional, donde, además de los momentos en que iba al colegio, nos poníamos en con el aprendizaje de una nueva lengua, mediante los medios de comunicación. ¡Muchos podréis saber ahora que es eso! Lo de la *vida en la pantalla* lo vivimos muy temprano y no hizo falta la llegada de la era de los ordenadores para tener información y conocimiento otro, exceso de información, se diría.

Pero toda esa confluencia de información acabó, como no podría dejar de ser, en *infoxación*, pero no era 'yo' el que estaba intoxicado, era mi entorno. Lo que Enzensberger llama la *consciencia*. Inflamos de tanto conocimiento y eso para pernicioso. Así al menos pensaba nuestra profesora de primaria, que le dijo a nuestros padres que no podíamos más ver la televisión española, que solo hablábamos español en clase –¡sin acento, por supuesto!-, que no aprendíamos el portugués, la lengua patria, la lengua donde desde la cual tendríamos de llegar al conocimiento, desde dónde teníamos que hacerlo. El resultado fue que dejamos de ver oficialmente, no oficiosamente, a *Espinete* y a *Chema*, el panadero. Aprendimos el portugués, eso sí, pero un tanto cínicamente.

Años después, muchos, regresábamos a España, como para certificarnos de que todo estaba allí y que seguían hablando sus habitantes aquél idioma que habíamos aprendido. Nos había quedado el fútbol, pero también *Tarzán*, que gritaba totalmente distinto a como grita ahora el 'Tarzán' de *YouTube*, que es el único y verdadero al que tengo ahora acceso y habla inglés. El otro, el de la memoria de infancia.

Pasaron los años, sí. Pero ahora, que ya hablamos y escribimos la lengua patria, nos vuelve la lengua española como si fuera un virus y nos dejamos llevar por él. Es ahora un virus bueno, pues se alaba a la gente que sabe lenguas de adultos... No estábamos así intoxicados de información, estábamos anonadados, confusos, pero también existía en todo ese estremecimiento, un sentimiento de estar en casa. Íbamos a Salamanca, la ciudad de las letras

hispánicas y aprendíamos por mimesis de lo que allí se vivía. Ahí comprábamos libros que no podíamos encontrar en nuestro país. Aprendimos mucho en la vetusta universidad de Salamanca. El español nos había llegado por la televisión y se estaba ahora consolidando, en la edad de los estudios universitarios, como una nueva fuente de recursos. Todas las circunstancias nos vienen como añillo al dedo! ¿Cuál es el lema de esa anciana universidad? Es el que sigue: *Quod natura non dat, Salamantica non praestat*. He aquí una formulación que corrobora lo que queremos mostrar. En la puerta de la antigua universidad se puede también leer: «*velocitatem sedendo tarditatem tempera surgendo*», o sea, *modera tu velocidad sentándote y tu tardanza surgiéndote*. Se ve aquí claramente el sentido del *término medio* de Aristóteles, o sea, enjuiciar siempre el contexto mediante reglas universales. La proximidad griega de Salamanca, nos acercaba también a nosotros ahora del saber de los sabios griegos. Si prestáramos atención, justo al lado de esa inscripción podíamos leer la siguiente: *los bienaventurados conservan el punto medio*. Y el punto medio es aquí importante para desmontar el concepto de intoxicación informacional o el *mareo* de la mente debido a su sobre-estimación.

Es por eso que decimos que el concepto *infoxicación* en un término anodino, ni siquiera una representación, pero si una fórmula acrítica de lo que es el saber, y la 'psique' humana por añadidura o su representación libresca. Es, a bien de la verdad, o por lo menos parece, un concepto de raíz teológico, enraizado en la más fórmula escolástica. Piensen ustedes en el referido lema de la Universidad de Salamanca. Está centrado en la información, concentradísimo. Por un lado, la naturaleza, por otro lado la cultura, el saber. Del primero se protege la institución, la naturaleza, léase Dios. Se escatima así la labor de la universidad. De la segunda, se protege Dios de la institución. La escuela no podrá prestar lo que la naturaleza no da. El efecto viene de arriba para abajo. Dios, naturaleza, universidad. El mismo orden sigue el concepto de *infoxicación*: información, exceso, mengua. Pero lo único que eso quiere decir es que para determinar la obesidad informacional se deberá poseer información y haberla seleccionado, ordenado e instituido en una tríada parecida a la de la teología salmantina, pero en vez del nombre de dios, ponemos ahora el nombre de los nuevos profetas y sabios avisados que son los intelectuales que nos enseñan a saber como nos

sobre-estimulamos de tanta circulación informativa: Toffler, naturaleza, consciencia! O se puede formular de la siguiente manera: el intelectual informado os dice que sois limitados naturalmente, pero tened cuidado, no os vayáis a volver tontos, lelos o pasmados, en suma estúpidos. El intelectual informado nos advierte de nuestro natural riesgo de caer en la estupidez. Eso quiere decir una cosa simple: no hay información que no contenga en sí un *pharmakon*, un veneno letal y al mismo tiempo la cura. La ausencia de fármaco, es la ausencia total de cura e veneno. ¡Se comportan los intelectuales como se comportaba nuestra profesora de primaria!

Vayamos por partes, pero volvamos a Salamanca. Lo que la naturaleza no da, léase, la inteligencia. Por eso, Salamanca no la puede prestar. Es un caso primitivo, arcanos mejor dicho, de lo que Immanuel Kant vino a llamar de *estupidez*, una «enfermedad para la cual no hay remedio» y que ahora se generaliza con las posiciones teológicas de los avisados intelectuales que quieren a la fuerza impedirnos de serlo, estúpidos, lelos, manipulados, sobresaturados.

Pero cuando Kant se refiere a la *estupidez* (*Dummheit*), está hablando de la falta natural de ese don que él considera ser la capacidad del juicio⁸², la capacidad de subsumir bajo las reglas generales, casos particulares. Dice Kant que el ejercicio intelectual puede hacer un bien a quien padezca de semejante minusvalía, pero el remedio no existe. Que se puede incluso ser un erudito, pero que rápidamente se constará la falta de ese *don natural* que no nos fue *prestado*. El lema universitario en cuestión es totalmente cierto y kantiano a la vez: lo que la naturaleza no da, ninguna escuela lo puede remediar. En este sentido, saltando de la teología salamanctina para la trascendental y peligrosa posición de Kant, la afirmación de la *estupidez*, su fórmula más acabada, es también el contrapunto también de lo que Toffler llamó de *obesidad informativa*. Pero eso viene de lejano, desde lo griegos, desde el sabio maestro Sócrates. Pero recuerden, para ser más locales, las primeras páginas de *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes, para se cercioraren de la información como

⁸² Immanuel Kant, *Crítica de la razón pura*. Madrid: Taurus, 2013, B173.

tóxico: Dice el conocido texto: «En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turno en turbio; y, así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de tal manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo»⁸³.

No es menester recordarles también que estamos al principio del mercado editorial en lenguas vernáculas, donde las historias fantásticas, escritas, suscitaban gran interés y su público más particular, porque la lectura erudita, continuaba en Salamanca y hablaba latín. A eso llamaron los alemanes del siglo XIX la *Lesesucht*, la adicción a la lectura que provocaba una *Lesewu* una adicción a la lectura, una patología que provocaba una pérdida del sentido de realidad, como ahora parece apuntar el concepto de *infoxicación*. Recordemos, también, la estrofa del poeta inglés Andrew Marvell (1621-78), al cantar los males la imprenta de presión de Gutenberg había introducido: «O Printing! How thou hast disturbed the peace of Mankind»⁸⁴. Llama también la atención que Nietzsche hubiera también reaccionado a los nuevos medios de transmisión del saber cuando afirma que *nuestros aparatos de escribir trabajan también con nuestros pensamientos* («Unser Schreibzeug arbeitet mit an unseren Gedanken»)⁸⁵. Nietzsche, Cervantes, pero muchos otros podríamos aducir a la hora de entender lo que el *future shock* significa: Paul Valéry, Walter Benjamin, Lewis Mumford, Oswald Spengler, Martin Heidegger... Una lista interminable. Pero, a resueltas del problema, nos parece que todo se sigue centrando en Kant y el problema de la estupidez y en el lema de salamantina universidad. No se trata de que la abundancia de información cause intoxicación, se trata de una reacción horizontal, más preocupada con el espacio que con el tiempo, del hombre con

⁸³ Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Cátedra, 1995. 2 vols. (ed. de John Jay Allen), p. 100.

⁸⁴ Cf., cfr: Elizabeth L. Eisenstein, *The Revolution in Early Modern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005 y Lucien Febvre & Henri-Jean Martin, *The Coming of the Book. The impact of Printing 1450-1800*. London: Verso, 1997.

⁸⁵ *Apud* Friedrich Kittler, *Gramophone, Film, Typewriter*. Stanford: Stanford University Press, 1999, p. 200.

su entorno.

Sabemos que los medios de comunicación o la circulación libre de información nunca hizo más daño que su prohibición. Ejemplos, *haberlos haylos*, pero no son dignos de referencia: quemas de hombres, de libros, un sin fin. La libertad de circulación de la información, su cantidad, no son excusa suficiente para que hablemos de la información o del conocimiento en términos restrictivos. El problema siempre está en el juicio, en la capacidad de juzgar, no en el material para ese mismo juicio. No se trata de un problema farmacológico, en tanto *pharmakon* remite como se dijo tanto para veneno, como para cura. Se trata solamente del uso que se hace de lo que es *pharmakon*, léase aquí información. Ese uso, es justamente la facultad del juicio: *Urteilkraft*. Jacques Derrida analizó pertinentemente el problema del *pharmakon* en Platón, en su relación con la escritura, con la enseñanza del maestro Sócrates que nos quería avisar, quedándose a veces *suspense* en sus pensamientos curativos, llegando tarde a sus compromisos, como podemos constatar en el *Simposio*⁸⁶. Es así y en ese sentido que Derrida se refiere al episodio del discurso escrito escondido que lleva el personaje-interlocutor en el *Fedro*: «Los *biblias* que hacen salir a Sócrates de su reserva, y del espacio en que le gusta aprender, enseñar, hablar, dialogar —el recinto resguardado de la ciudad—, esos *biblias* encierran el texto escrito por «el más hábil de los escritores actuales» (*deinotatos on ton nin graphein*). Se trata de Lisias. Fedro tiene el texto o, si se quiere, el *pharmakon*, escondido bajo su

⁸⁶ Véase lo que apunta Peter Sloderdijk en *The Art of Philosophy. Wisdom as Practice*. New York: Columbia University Press, 2012, pp. 27-28 «There is a group of legendary anecdotes and character descriptions about the philosopher Socrates that all share a highly significant observation. It suggests some kind of extremely peculiar social behavior in thinking, or maybe it would be better to call it peculiar asocial behavior. Witnesses report that Socrates had the habit of “sinking” into thought, as if thinking involved a kind of trance or obsessive daydream. According to Xenophon, Socrates saw this as “concentrating the mind on itself” by breaking off contact with his environment and becoming “deaf to the most insistent address.” Once, during a military camp to which he was called up as part of his duty as an Athenian citizen, he is supposed to have stood still on the spot for twenty-four hours. All the while, he was lost in the inner activity that people around him regarded as ridiculous yet amazing, and perhaps even numinous. Plato enhanced the legend of his teacher’s absences as well, for instance, at the beginning of the Symposium when he describes Socrates arriving late for dinner because he had stopped in the doorway of the neighboring house and concentrated, in one of his famous thinking episodes. When he eventually joined his group of friends in Agathon’s house, the young poet invited the latecomer to recline beside him, saying, “so that I may have the benefit of being in contact with that piece of wisdom which came into your mind in that doorway. Obviously you are now in possession of what you were looking for, otherwise you would not have stopped looking.” Socrates replied, “It would be a happy state of affairs, Agathon, if wisdom were something that could flow between us through mere contact, from the one who is full to one who is empty, like water flowing along a strand of wool from a full cup to an empty one.»

manto. Lo necesita porque no se ha aprendido el texto de memoria»⁸⁷. El problema, permanece. Es el del juicio o su ausencia o del instrumento como *remedio* para suplir el juicio, su falta y u falla. Desde Platón hasta nuestros días, la desconfianza por la libre circulación de información ha asustado a los hombres. Las causas de ese miedo, son inmanentes, como pensaba Toffler y como se ve en Sócrates. Pero es necesario asumir esa limitación. No disfrazarla o inventar nuevos nombres, que lo único que hacen es, justamente, fomentar esa imposibilidad de estar convencido de algo de que nos habla Sloderdijk. Habría que pensar más como ese discípulo de Hegel, Johann Eduard Erdmann y menos como Toffler, reconocer el lado bueno de la estupidez, su profundidad, no condenando lo irremediable que ella contiene y que puede contribuir a su extinción: el ejercicio del juicio y el placer que de el uno puede retirar. Dice en un texto escrito en 1866: «Sin embargo, hay también un deleite en la estupidez en el que no se mezcla ni el veneno de la altivez y la alegría por el mal ajeno ni la amargura del recuerdo nostálgico o la vergüenza y que, por lo tanto, es puro gozo a todos respectos. Consiste en la sensación de estar sacando provecho, de volverse uno mismo más inteligente gracias a la contemplación de la estupidez»⁸⁸. Ya sea *El Barrio Sésamo*, Platón, Toffler, Nietzsche. No hacer nunca de la libre circulación de información y conocimiento un mal, pero un goce. Volviendo a Enzensbrger y a Gramsci: *Pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad*. Se trata de trasladar, pues, la estupidez, la natural y la avisada, la teológica o la crítica, a la voluntad, para movilizar, no para desmovilizar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alvin Toffler, *Future Shock*. New York: Random House, 1970.

António Machuco Rosa, *Internet. Uma história*. Lisboa: Edições Universitárias Lusófonas, 1998.

Elizabeth L. Eisenstein, *The Revolution in Early Modern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.

⁸⁷ Jacques Derrida, «La farmácia de Platón». En *La diseminación*. Madrid: Fundamentos, pp. 92-260, p. 105.

⁸⁸ Johann Eduard Erdmann, «Sobre la estupidez». En Robert Musil & Johann E. Erdmann, *Sobre la estupidez*: Madrid: Akal, 85-110, p. 85.

Friedrich Kittler, *Gramophone, Film, Typewriter*. Stanford: Stanford University Press, 1999.

Günther Anders, *La obsolescência del hombre*. Valencia: Pre-Textos, 2010.

Hans Magnus Enzensberger, *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Anagrama, 1974.

Harold A. Innis, *The Bias of Communication*. Toronto: Toronto University Press, 2006.

Immanuel Kant, *Crítica de la razón pura*. Madrid: Taurus, 2013.

Johann Eduard Erdmann, «Sobre la estupidez». En Robert Musil & Johann E. Erdmann, *Sobre la estupidez*: Madrid: Akal, 85-110.

Lucien Febvre & Henri-Jean Martin, *The Coming of the Book. The impact of Printing 1450-1800*. London: Verso, 1997.

Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Cátedra, 1995. 2 vols. (ed. de John Jay Allen).

Peter Sloterdijk, *The Art of Philosophy. Wisdom as Practice*. New York: Columbia University Press, 2012.

Peter Sloterdijk, *Les battements du monde*. Paris: Hachette, 2003.